

PROCESOS DE PRECARIZACIÓN VIR(TU)AL EN EL CONTEXTO DE LA SEMIOPANDEMIA POR COVID-19

Vir(tu)al precarization processes in the context of the COVID-19 semiopandemic

Processos de precarização vir(tu)al no contexto da semiopandemia COVID-19

Luis Jaime Estrada Castro¹

Recibido: 24 de febrero de 2021.

Corregido: 8 de junio de 2021.

Aprobado: 14 de junio de 2021.

Resumen

Los dispositivos de precarización del mundo contemporáneo atraviesan distintas esferas de la vida cotidiana: trabajo, espacio público, relaciones afectivas, seguridad. En el contexto de la pandemia por SARS-COV-2, estas formas de precarización muestran sus efectos de forma recrudescida sobre los cuerpos y la psique de las personas. Asimismo, comienzan a gestarse distintas manifestaciones políticas-afectivas para afrontar sus efectos. La política de los afectos a través del deseo como potencia creativa y la profanación como neutralización y desarticulación de los dispositivos de gestión son formas de destitución del poder de la precarización vir(tu)al de esta semiopandemia.

Palabras clave: Afectos, dispositivo, precarización vir(tu)al, semiopandemia.

Abstract

The devices of precariousness of the contemporary world cross different spheres of daily life: work, public space, affective relationships, security. In the context of the SARS-COV-2 pandemic, these forms of precariousness show their effects in an intensified way on the bodies and psyches of people. Likewise, different political-affective manifestations are beginning to take shape to face its effects. The politics of affections through desire as a creative power

¹ Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Profesor de asignatura adscrito al Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Líneas de investigación: poder, violencia, precarización, discurso. Correo electrónico: ljestrada@politicas.unam.mx

and desecration as neutralization and disarticulation of the management devices are ways to remove power to the vir(tu)al precarization of this semiopandemic.

Keywords: Affects, device, vir(tu)al precarization, semiopandemic.

Resumo

Os dispositivos de precariedade do mundo contemporâneo perpassam diferentes esferas do cotidiano: trabalho, espaço público, relações afetivas, segurança. No contexto da pandemia SARS-COV-2, essas formas de precariedade mostram seus efeitos de forma intensificada sobre o corpo e o psiquismo das pessoas. Da mesma forma, diferentes manifestações político-afetivas começam a se delinear para enfrentar seus efeitos. A política dos afetos pelo desejo como potência criadora e a profanação como neutralização e desarticulação dos dispositivos de gestão são formas de afastamento do poder da precariedade vir(tu)al desta semiopandemia.

Palavras-chave: Afetos, dispositivo, precarização vir(tu)al, semiopandemia.

Introducción

Así es la muerte real a la que estamos sometidos, y por tanto la causa principal de nuestra falta de fuerza, el aislamiento que nos impide devolverle al poder cada uno de los golpes. He aquí por qué nuestros cuerpos sienten la necesidad de agregarse en máquinas de guerra, pues sólo esto nos vuelve igualmente capaces de vivir y de luchar.

TIQQUN

Michel Foucault reflexionó sobre las relaciones de poder y las formas de saber que surgieron en la segunda mitad del siglo XVIII y que se reprodujeron hasta el siglo XX. Para el pensador francés, el tipo de sociedad producida en este contexto tendría una nueva característica: la disciplina. ¿Cómo circula y funciona el poder en las sociedades disciplinarias? El poder transita entre los individuos, los subjetiva: “El individuo es un efecto del poder y, al mismo tiempo, en la medida misma en que lo es, es su relevo: el poder transita por el individuo que ha constituido” (Foucault, 2008, 38). El poder disciplinario actúa en una mecánica que explora, desarticula y recompone al cuerpo humano, una suerte de anatomopolítica que produce “cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos ‘dóciles’” (Foucault, 2005, 142).

El poder disciplinario se distribuye en una multiplicidad de espacios e instituciones que se establecen como lugares de encierro y vigilancia que, a su vez, producen formas del saber a través de las cuales circula y se reproduce el poder: hospitales, cárceles, psiquiátricos, escuelas y fábricas son ejemplos

de estos espacios en donde se cuadrículan los sujetos y sus cuerpos, sus acciones y desplazamientos, los discursos que los posibilitan, la medicalización que controla los gestos, la formación del pensamiento, el placer y el deseo. Para Foucault, “la disciplina es una anatomía política del detalle” (*Ibid.*, 143), lo cual permite dar cuenta del poder más allá de sus acepciones a nivel macro de tipo estatales, jurídicas, verticales, unilaterales y represivas.

El poder del detalle circula a nivel de una microfísica. Este poder moldea cuerpos y produce sujetos, ya que ejerce una disciplina y un control particular que no se sustenta en la coacción directa, sino que es el sujeto, en nombre de su propia libertad, quien vehicula y reproduce las formas del saber y los efectos del poder que lo constituyen; es decir, normaliza los discursos, espacios y posibilidades de acción y comprensión sobre sí mismo y el mundo.

Gilles Deleuze, siguiendo los desarrollos teóricos de Foucault y en un claro guiño a William Burroughs, propondrá denominar a las sociedades de finales del siglo xx como las sociedades de control; es decir, aquellas que, sin la necesidad de los lugares de encierro disciplinarios, producen procesos de subjetivación automodulantes al aire libre y dirigidos por el propio individuo contra sí mismo. El nacimiento del *neuromarketing*, la educación virtual y el teletrabajo, serán algunos ejemplos de lo que Deleuze ya vislumbraba entonces.

En este sentido, los procesos contemporáneos de precarización virtual propios del semicapitalismo (Berardi, 2010), se suman a las formas precarizantes de la Modernidad en relación con la explotación de la fuerza de trabajo. El trabajador cognitivo o info-trabajador, se enfrenta a una situación de explotación orientada a la producción de plusvalor en la semiosfera del capitalismo recombinante que fractaliza el tiempo de trabajo, así como las actividades productivas y económicas a las que puede dedicarse, lo que hace de él un sujeto desubjetivado que vende fragmentos de tiempo en la red a una variedad compleja de empleadores sin necesidad de que éstos se comprometan a procurar ningún tipo de seguridad social al trabajador (*cf.* Agamben, 2010).

En el contexto de la pandemia por SARS-COV-2 (COVID-19)² esta situación se ha exacerbado, ya que la emergencia sanitaria, acompañada de los dispositivos de inmunización biosocial, propició que amplios sectores pro-

² En adelante se utilizará únicamente COVID-19 particularmente apelando a una mayor extensión y socialización en el lenguaje cotidiano.

ductivos giraran momentánea o permanentemente hacia el trabajo virtual. En este sentido, sumado a las formas de precarización propias de las y los trabajadores que, dadas las condiciones laborales de subsistencia, no pudieron resguardarse en sus hogares, se comienza a producir a gran escala un nuevo trabajador cognitivo que, en el entorno virtual, produce, almacena, circula y decodifica información en una situación de extracción y explotación semiocapitalista que conduce a nuevas formas de precarización virtual en la emergencia viral.

Sin olvidar las formas materiales y físicas de explotación y precarización que millones de trabajadores en el mundo padecen, este artículo se centra en el info-trabajador cognitivo y virtual, así como en los procesos de precarización que lo atraviesan en el contexto de la pandemia viral. A este fenómeno se le llamará precarización vir(tu)al y se le ubicará en un contexto mundial de semiopandemia.

¿Cómo enfrentar los procesos de precarización en un contexto en el que los dispositivos tecnológicos, de vigilancia y control han logrado gestionar el cuerpo y los afectos hasta en los detalles más íntimos? Pero, en particular, ¿cuáles son las formas de subjetivación política y emancipación colectiva en el contexto de la precarización vir(tu)al de la semiopandemia por COVID-19, la cual ha exacerbado las desigualdades y recrudecido sus efectos materiales y emocionales, así como la exposición a la muerte de las personas en situación de vulnerabilidad?³

El trabajador cognitivo tendría que encontrar nuevas formas de organización colectivas y de trabajo autónomo fuera de las lógicas del plusvalor del semiocapitalismo que le permita restarle valor a la productividad y aumentárselo a la vida. En este sentido, lo que el cognitariado se juega hoy en el contexto de la pandemia por COVID-19 es la vida en sus múltiples

³ Para el 19 de febrero de 2021 se calcula a nivel mundial un total 110 millones de casos confirmados y 2.44 millones de muertes. Asimismo, se han reportado en México un total 2,022,662 casos confirmados de contagio y 178,108 defunciones acumuladas. En la Ciudad de México se tienen confirmados 533,825 casos de contagio acumulados y 25,834 defunciones. Cabe señalar que el 19 de enero fue el día de mayor acumulación de defunciones en México con un total de 1,584. Consultado en: <https://datos.covid-19.conacyt.mx/> Por otro lado, respecto a las afectaciones económicas, de acuerdo con la información recabada en los Censos Económicos del INEGI cerraron un millón de establecimientos por la pandemia en 2020 y en relación con el año pasado hay 2.9 millones de trabajadores menos en los establecimientos que permanecen abiertos. Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/programas/edn/2020/> Consultado el 2 de enero de 2021.

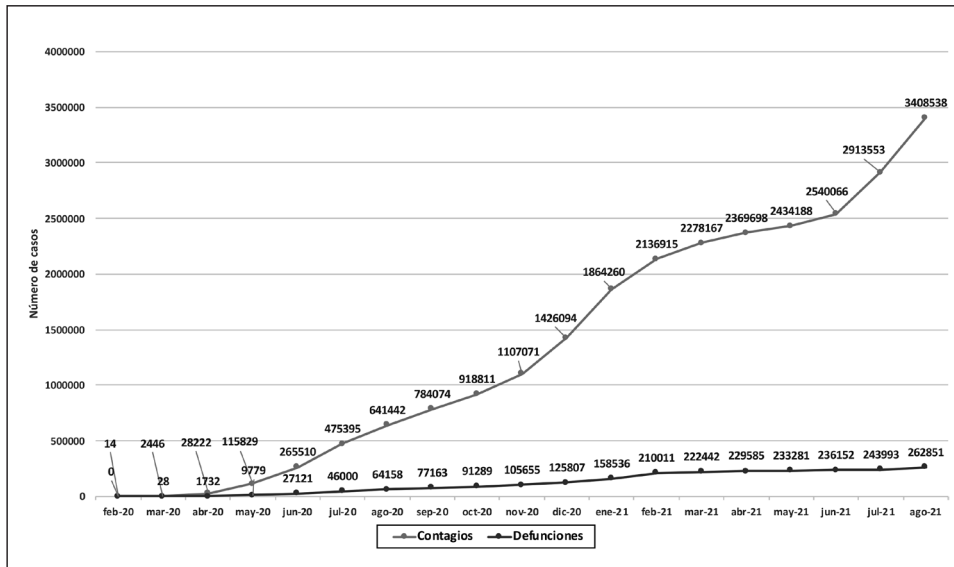
dimensiones, incluidas la sanitaria, pero también la del trabajo, los afectos, la comunitaria y una diversidad de formas y entornos que la explotación capitalista no ha dejado de atacar, extraer y algunas veces exterminar en aras de economizar cualquier espacio de la existencia y de relación con el mundo. La devastación ambiental del planeta por parte de las empresas extractivistas y la forma de producción capitalista no es sino el ejemplo tal vez más visible y sensible al que se enfrenta la humanidad como especie en el contexto del Antropoceno.

Por tanto, en este artículo se parte de un análisis de la situación mundial y nacional en términos de la precarización por exposición al contagio y la muerte durante la pandemia, con el fin de vincularlo –a la luz de algunas perspectivas derivadas del pensamiento postestructuralista– con otras formas de precarización vir(tu)al producidas y aprovechadas por el semio-capitalismo, en particular las relacionadas con la explotación del trabajador cognitivo. Al final del artículo se intentan esbozar algunas propuestas para enfrentar esta situación, particularmente bajo la necesidad de organización colectiva del trabajador cognitivo.

1. Pandemia y precarización

Los efectos por la velocidad de contagio y las complicaciones que pueden llevar a la muerte por COVID-19, en particular en poblaciones en situación de vulnerabilidad como adultos mayores, personas con enfermedades como diabetes, hipertensión, obesidad y, particularmente crónico degenerativas e inmunodeficientes, han llevado a que, como señala Jean-Luc Nancy, la brutalidad de contagio del virus se haya propagado en forma de brutalidad de la gestión, lo que implica la necesidad de seleccionar aquellos que sí podrán ser admitidos a los cuidados (Nancy, 2020). Esto adquiere una dimensión particular si se piensa que, para enero de 2021 en algunas regiones como la Ciudad de México, la ocupación hospitalaria superó el 88% e incluso en los principales hospitales se llegó a una sobreocupación (Gobierno de la Ciudad de México, 2021). Asimismo, desde que inició la pandemia en México, los casos de contagios confirmados y defunciones se mantuvieron en ascenso durante todo un año, como puede observarse en la siguiente gráfica que recupera datos de febrero de 2020 a agosto de 2021:

Gráfica 1
Acumulado de casos confirmados de contagio y defunciones en México por COVID-19



Fuente: Elaboración propia con base en la información de Datos Abiertos de la Dirección General de Epidemiología de la Secretaría de Salud. Disponibles en: <https://www.gob.mx/salud/documentos/datos-abiertos-152127>

Uno de los principales objetivos de la estrategia de prevención del Gobierno de México a través de la Secretaría de Salud, fue la de alcanzar un “aplanamiento de la curva” de contagios y defunciones en los primeros meses de la pandemia; sin embargo, el número de casos aumentó exponencialmente en los siguientes meses, tanto en cantidad de contagios con un repunte significativo en julio y agosto de 2021, así como en los fallecimientos acumulados.

Algunas de las medidas preventivas que se han implementado para disminuir los contagios y defunciones fueron el distanciamiento y confinamiento físico, es decir, un llamado generalizado a no acudir a los espacios públicos en la medida de las posibilidades y, en caso de requerirlo, evitar los contactos y mantener una distancia mínima de 1.5 metros con otras personas, así como el uso de ciertos dispositivos de higiene como cubrebocas y desinfectante en gel o aerosol.

Estos dispositivos preventivos no solo tienen un carácter sanitario, sino que implican procesos de inmunización social frente a todo aquel que represente una amenaza para la salud y la vida, lo cual, por el carácter del virus, no necesariamente se manifiesta en los síntomas perceptibles como tos, fiebre, dificultad para respirar, fatiga, dolores musculares, pérdida del olfato, congestión o incluso náuseas o vómitos y diarrea, sino que se pueden presentar casos de positivos asintomáticos, es decir, personas que pueden estar infectadas pero que no presentan síntomas, aunque sí son foco de contagio.⁴ Esto implica que cualquier persona en apariencia sana puede ser portadora del virus y convertirse en fuente de infección; en otras palabras, los dispositivos de inmunización se dirigen contra aquellos que son potencialmente peligrosos; es decir, cualquiera, incluso las personas más cercanas como familiares y amigos.

La pandemia por COVID-19 ha mostrado en su versión más cruda, la insostenible precarización a la que millones de personas son arrojadas en el mundo. Sin embargo, el capitalismo ha encontrado las formas de fortalecerse a través de la explotación digital del trabajador mediante el *home office*,⁵ las nuevas formas de consumo a través del *e-commerce* o el uso de las plataformas de servicios como el transporte, la circulación de bienes y mercancías o el intercambio de información que incrementan la productividad tecnodigital (véase Srnicek, 2018).

El filósofo francés Gilles Deleuze publicó en 1990 un breve texto en el que proponía un nuevo tipo de sociedad que advenía en los albores del

⁴ Gobierno de México, *Coronavirus*. Disponible en: <https://coronavirus.gob.mx/> Consultado el 13 de enero de 2021.

⁵ En México, el incremento del teletrabajo llevó a la modificación del artículo 311 la *Ley Federal del Trabajo*, el cual establece: "Trabajo a domicilio es la que se ejecuta habitualmente para un patrón, en el domicilio del trabajador o en un local libremente elegido por él, sin vigilancia ni dirección inmediata de quien proporciona el trabajo". Asimismo, se añadió el Capítulo XII Bis, el cual define como *teletrabajo* lo siguiente: "Será considerado como teletrabajo a la forma de organización laboral que consiste en el desempeño de actividades remuneradas sin requerirse la presencia física del trabajador en un sitio específico de trabajo y utilizando como soporte las tecnologías de la información y la comunicación para el contacto entre el trabajador y el empleador". Finalmente, de manera muy importante para los fines de este artículo, se define *teletrabajador* de la siguiente forma: "El teletrabajador es la persona que en el marco de la relación laboral utiliza las tecnologías de la comunicación e información como medio o fin para realizar su actividad laboral fuera del local del empleador". Senado de la República, *Dictamen de la Comisión de Trabajo y Previsión Social*: https://infosen.senado.gob.mx/sgsp/gaceta/64/1/2019-06-19-1/assets/documentos/Dictamen_Teletrabajo.pdf

siglo XXI: las *sociedades de control*. Estas sociedades son producto de una transformación de las disciplinarias:

Todos los centros de encierro atraviesan una crisis generalizada: cárcel, hospital, fábrica, escuela, familia. [Nos enfrentamos a] formas ultrarrápidas que adopta el control “al aire libre” y que reemplaza a las antiguas disciplinas que actuaban en el período de los sistemas cerrados (Deleuze, 2014, 278).

En este sentido, las sociedades de control añaden al componente de la libertad y su funcionamiento “al aire libre”, la característica de la *auto-coacción*: “Los encierros son *moldes* o moldeados diferentes, mientras que los controles constituyen una *modulación*, como una suerte de moldeado autodeformante que cambia constantemente y a cada instante, como un tamiz cuya malla varía en cada punto” (*Ibid.*, 279). Las sociedades de control no solamente normalizan y reproducen los dispositivos de poder y saber, sino que los sujetos en nombre de su propia libertad se autoexplotan al hacer de sí mismos un proyecto fundado en la competitividad y la formación continua, lo que hace de cada individuo una suerte de *empresario de sí mismo*, tal como lo señala el filósofo Byung-Chul Han:

El neoliberalismo, como una forma de mutación del capitalismo, convierte al trabajador en *empresario*. El neoliberalismo, y no la revolución comunista, elimina la clase trabajadora sometida a la explotación ajena. Hoy cada uno es un trabajador que se explota a sí mismo en su propia empresa (Han, 2014, 17).

Las tendencias hacia el *home office* y la aceleración del *e-commerce* ya habían comenzado décadas atrás en el mundo. Diversas empresas comenzaron con modelos híbridos en los que tres días se asiste a la oficina y dos se trabaja desde casa. Asimismo, muchas otras que funcionan mediante plataformas como *Amazon*, *Google* o *Facebook*, prácticamente han prescindido del trabajo de oficina. La pandemia por COVID-19 y el distanciamiento físico que conlleva, ha demostrado que este tipo de estrategias son bastante redituables para las empresas, ya que es el propio trabajador quien suele hacerse cargo de los insumos necesarios para llevar a cabo sus tareas y funciones tales como energía eléctrica, internet, los dispositivos electrónicos y digitales para el trabajo y, sobre todo, la flexibilidad del tiempo, en tanto que se trabaja y produce todo el tiempo. Es por esto por lo que la pandemia tiene el doble componente de ser viral y virtual: una *semiopandemia*.

Por supuesto, los efectos de precarización vir(tu)al de la semiopandemia se manifiestan de distinta forma y radicalidad en los cuerpos y mentes de los sujetos, ya que entran en relación con otros dispositivos como el de género, clase y raza que aumentan la exposición a la explotación y, por supuesto, a la muerte. Por ejemplo, resultado del cierre de las escuelas y la implementación de la enseñanza en plataformas virtuales, las y los hijos suelen quedarse en casa mayormente al cuidado de las madres, abuelas o alguna figura familiar femenina, lo que implica una fuente adicional y diferenciada de la precariedad por razones de género, ya que estos cuidados no eximen de la obligación de cumplir con otras funciones productivas de tipo profesional o relacionadas con el hogar por parte de las mujeres.

Byung-Chul Han ha denominado a la sociedad actual como *la sociedad del cansancio*, la cual produce al “sujeto de rendimiento contemporáneo, que se violenta a sí mismo, que está en guerra consigo mismo” (Han, 2017, 11). Es importante resaltar que Han incluso va más allá de *la sociedad de control* de Deleuze y, por supuesto, de *la sociedad disciplinaria* de Foucault, porque además de los lugares de encierro que perduran y de los dispositivos de control modulantes basados en la “sana competencia”, el filósofo surcoreano agrega el componente del sujeto como su propio *mánager*, su jefe, su propio límite, es decir, su proyecto y empresa, lo cual genera malestares contemporáneos específicos:

El comienzo del siglo XXI, desde un punto de vista patológico, no sería ni bacteriano ni viral, sino neuronal. Las enfermedades neuronales como la depresión, el trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), el trastorno límite de la personalidad (TLP) o el síndrome de desgaste ocupacional (SDO), definen el panorama patológico de comienzos de este siglo (*Ibid.*, 13).

La pandemia por COVID-19, muestra que la forma viral no ha desaparecido, por el contrario, está siempre latente. Sin embargo, a los contagios y muertes por el virus se suman los efectos neuronales y psicosociales: ansiedad, estrés, depresión, hiperactividad. Es decir, que en una sociedad por sí misma tendiente a la autoexplotación, las condiciones coyunturales de la pandemia aumentan sus efectos a nivel neuronal.⁶ Sin embargo, una

⁶ Clarissa F. Etienne, directora de la Organización Panamericana de la Salud, señaló que “La pandemia de COVID-19 ha provocado una crisis de salud mental en nuestra región a una escala nunca antes vista. Se trata de una tormenta perfecta en todos los países, ya que vemos necesidades cada vez mayores y recursos cada vez menores para abordarlas.

vez más es importante señalar que los efectos de la precarización vir(tu)al expresados en el colapso socioemocional son distintos en relación con la forma en la que otros dispositivos transversalizan los cuerpos y las vidas de los sujetos.

La Encuesta para la Medición del Impacto COVID-19 en la Educación (ECOVID-ED) 2020 (INEGI, 2020) señala que alrededor de 5.2 millones de estudiantes entre 3 y 29 años que estaban inscritos en el ciclo escolar 2019-2020 no se inscribieron al ciclo 2020-2021 por razones asociadas a COVID-19 (2.3 millones) o por falta de recursos (2.9 millones). Por supuesto, la falta de recursos también es un efecto que puede derivarse de la pandemia, en tanto que los padres o tutores pudieron quedarse sin empleo para continuar pagando las colegiaturas o sosteniendo los gastos e insumos necesarios para proveer de educación a sus hijas e hijos. Esto se manifiesta directamente en la falta de dispositivos tecnológicos adecuados en los cuales continuar las clases virtuales, lo cual exacerba las desigualdades en el contexto de la semiopandemia.

Asimismo, el colapso socioemocional en la educación virtual no solamente ha mermado el aprovechamiento escolar, sino que ha recrudecido los efectos del aislamiento social. Esto, junto con las formas de precarización del teletrabajo, no constituye un “fallo” del capitalismo neoliberal, por el contrario, es su estado puro de gestión de la crisis. La economía neoliberal no está en crisis, es la crisis, produce, gestiona y extrae de ella no sólo mercancías materiales y especulaciones financieras, sino una amplia gama de productos inmateriales asociados a los deseos y emociones que conducen y gobiernan a los millones de individuos conectados a la red material-virtual de explotación y extracción de la fuerza, la energía, la creatividad, la imaginación y los afectos. Toda esta complejidad *psicopolítica de la sociedad del rendimiento* tiene un fundamento en la gestión de las emociones dentro del contexto de

Es urgente que el apoyo a la salud mental se considere un componente fundamental de la respuesta a la pandemia”. Consultado en: <https://coronavirus.onu.org.mx/la-pandemia-por-covid-19-ha-provocado-una-crisis-de-salud-mental>. Asimismo, el reporte del Comité de Salud Mental de la Secretaría de Salud, señaló que se han identificado 6 mil 287 casos en los cuales se presentó algún trastorno mental durante el confinamiento, en tanto que alrededor de 39 mil personas se autolesionaron o sufrieron alguna situación violenta. Asimismo, el Gobierno de México construyó un manual con *Lineamientos de respuesta y acción en salud mental y adicciones para el apoyo psicosocial durante la pandemia por COVID-19 en México*, consultado en: https://coronavirus.gob.mx/wp-content/uploads/2020/05/Lineamientos_Salud_Mental_COVID-19.pdf

las sociedades de la positividad. Byung Chul Han afirma que las patologías del siglo XXI son provocadas por un *exceso de positividad*:

La sociedad de rendimiento se caracteriza por el verbo modal positivo *poder*⁷ (*können*) sin límites. Su plural afirmativo *Yes, we can* expresa precisamente su carácter de positividad. Los proyectos, las iniciativas y las motivaciones reemplazan la prohibición, el mandato y la ley. A la sociedad disciplinaria todavía le rige el no. Su negatividad genera locos y criminales. La sociedad del rendimiento, por el contrario, produce depresivos y fracasados (Han, 2017, 26).

El malestar se interioriza y el sujeto de rendimiento asume la culpa de su fracaso sin necesariamente asociarlo a condiciones estructurales económicas, sociales y políticas; por el contrario, el malestar suele reducirse a causas individuales a nivel emocional o a nivel de una supuesta deficiencia en las capacidades, conocimientos y habilidades para alcanzar la felicidad, el éxito y la estabilidad económica, mental y afectiva, lo que puede hacer del individuo un sujeto enfermo, cansado y autoexplotado.

Los efectos de la autoexplotación y sus consecuencias socioemocionales se han agudizado en el contexto de la semiopandemia, particularmente en relación con otro gran valor del neoliberalismo altamente apreciado por las empresas en el contexto de la desregulación del trabajo: la capacidad de adaptación. Un sujeto que no logra combatir su malestar, cansancio, estrés, ansiedad o depresión, no solamente resultará disfuncional para la productividad de las instituciones, sino que asumirá como causa personal el bajo rendimiento escolar o laboral e incluso el desempleo o la explotación autoinfligida como forma de alcanzar el éxito.

La capacidad de adaptación como valor apreciado por las empresas y el neoliberalismo, implica que el trabajador deba asumir la precarización e inestabilidad en el salario, la fluctuación en el trabajo, la pérdida de derechos laborales y, particularmente, la flexibilización del tiempo que antepone el trabajo productivo a cualquier otra forma de vida: el trabajador cognitivo nunca deja de producir.

La pandemia visibilizó y recrudeció los efectos ideológicos de la “sana competencia”, exponiendo de forma diferenciada a poblaciones específicas en situación de mayor vulnerabilidad, quienes además de enfrentarse a un

⁷ En una nota al pie, Arantzazu Saratzaga Arregi y Alberto Ciria, traductores del texto de Han al castellano, señalan: “El verbo modal *können* se traduce por ‘poder’, en el sentido de ‘posibilidad’, o de ‘ser capaz’, ‘tener capacidad’”.

contexto de profunda crisis económica, asumen para sí la culpa de dicha situación, generando y recrudeciendo los efectos del colapso socioemocional. En este sentido, el filósofo Mark Fisher señala: “La privatización del estrés es un sistema de captura perfecto, elegante en la brutalidad de su eficiencia. El capital enferma al trabajador, y luego las compañías farmacéuticas internacionales le venden drogas para que se sienta mejor” (Fisher, 2018, 35).

Asimismo, en la sociedad de la positividad y el rendimiento, la autoexigencia se combina con el imperativo de la felicidad; es decir, no sólo se trata de una autoexigencia patológica por rendir, sino que ser feliz adquiere un carácter obligatorio, una suerte de indicador, no tanto del éxito como del esfuerzo agotador por alcanzarlo. En mitad de una pandemia mundial con altas y diferenciadas condiciones de exposición a perder el empleo, abandonar la escuela, contraer la enfermedad e incluso morir, la obligación de la felicidad se convierte en una carga que no hace sino incrementar la vida precarizada y las repercusiones socioemocionales. La felicidad se sobrevalora en la sociedad del rendimiento y se convierte en una responsabilidad, en una economía de la felicidad y la positividad incluso en medio del desastre y la emergencia sanitaria.

Al respecto, la filósofa Sara Ahmed señala:

A la gente que no es feliz se le considera carenciada, antisocial y patológica: “la gente infeliz tiende a ser solitaria y fuertemente neurótica”. Los individuos deben ser felices para los demás: la psicología positiva describe este proyecto no como un derecho, sino más bien como una responsabilidad (Ahmed, 2019, 32).

Por tanto, la “felicidad” que acompaña a la autoexplotación y al rendimiento en el contexto de la pandemia es un afecto nuclear en la positividad del poder, lo que genera en consecuencia que, si no se produce y se rinde hasta el cansancio, no se logre “ser feliz”. Esto a su vez genera rechazo, soledad y una serie de dispositivos de medicalización neuronales que producen fuertes cantidades de estrés y depresión que pueden llevar incluso al suicidio (*cf.* OPS, 2020).

Nos enfrentamos así a una nueva forma de precarización de la vida contemporánea que se perfecciona y agudiza desde hace años pero que se visibiliza de forma más clara en el contexto de la pandemia mundial por COVID-19. Al respecto, es fundamental hacer una reflexión en torno al significado y las implicaciones de lo precario. Isabell Lorey señala que

el ensamblaje conceptual de lo precario se compone de inseguridad y vulnerabilidad, de incertidumbre y de amenaza. El contrapunto de lo precario suele ser la protección, la inmunización política y social contra todo aquello reconocido como amenaza (Lorey, 2016, 25).

Al respecto Lorey, retomando a Judith Butler, encuentra tres dimensiones de lo precario:

1. La condición precaria que designa una dimensión socio-ontológica de la vida y de los cuerpos.
2. La precariedad que ha de entenderse como una categoría ordenadora que designa los efectos políticos, sociales y jurídicos de una condición precaria generalizada.
3. La dinámica de la precarización como gubernamentalidad (*Ibid.*, 28).

Por tanto, debido a que la condición precaria es propia de cualquier viviente, cuando se habla de gestión, administración y gobierno de la vida y la muerte, se está mucho más cerca de la precariedad y su gubernamentalidad en forma de precarización. La Organización Mundial de la Salud ha señalado a la diabetes, hipertensión y obesidad como enfermedades que aumentan los riesgos de desarrollar cuadros graves e incluso la muerte en caso de contagio por COVID-19. El problema no es propiamente ese, ya que es difícil negar que estos padecimientos contribuyen a aumentar los efectos de la enfermedad; lo problemático está en la normalización que asume o da por sentado que en México millones de personas padezcan estas enfermedades, como si se tratara de algo inevitable o esperable en la población, cuando en realidad no es sino el efecto de muchos otros dispositivos de precarización económicos, educativos y, evidentemente, sanitarios, ya sea por la falta de asistencia sanitaria o la ausencia de condiciones económicas para mantener un régimen alimentario sano.

Esto conduce a privatizar la responsabilidad en el cuidado de la salud, tanto en términos preventivos como reactivos, lo que implica que sean los propios individuos quienes asuman las consecuencias de situarse en un contexto de mayor vulnerabilidad a contraer el virus, enfermarse de gravedad o morir. Es por esto por lo que, siguiendo a Lorey, la precarización implica procesos complejos en diferentes escalas de indefensión e incertidumbre:

La precarización significa más que puestos de trabajo inseguros, más que una cobertura social insuficiente dependiente del trabajo asalariado. En tanto que incertidumbre y exposición al peligro, abarca la totalidad de la existencia, los cuerpos, los modos de subjetivación. Es amenaza y constricción, al mismo tiempo que abre nuevas posibilidades de vida y trabajo. La precarización significa vivir con lo imprevisible, con la contingencia (*Ibid.*, 17).

Por esto la vida precarizada implica una gestión particular en el contexto de la emergencia sanitaria. Se crean condiciones para la protección y cuidado de la vida para algunos, en tanto que otros son arrojados a una mayor exposición a la muerte. Conforme transcurrieron las semanas y meses en la pandemia, las cifras de contagios y muertes en el mundo comenzaron a resultar cada vez menos alarmantes incluso cuando seguían en aumento, normalizando así la gestión de la enfermedad y la muerte.

En este sentido, la gestión de la salud pública y la atención médica en caso de emergencia por contagio en la pandemia ha resaltado la desigualdad en la sociedad contemporánea: la decisión sobre quién vive y a quién se deja morir en tanto que se le arroja a una situación de mayor indefensión, es una de las formas de gestión bio y tanatopolítica imperantes en la estrategia de prevención y tratamiento de COVID-19 en el mundo.

Como lo señala Judith Butler,

Esta distribución diferencial de la precariedad es, a la vez, una cuestión material y perceptual, puesto que aquellos cuyas vidas no se “consideran” susceptibles de ser lloradas, y, por ende, de ser valiosas, están hechos para soportar la carga del hambre, del infraempleo, de la desempañación jurídica y de la exposición diferencial a la violencia y a la muerte (Butler, 2010, 45).

Por tanto, la precarización vir(tu)al en el contexto de la semiopandemia no pasa únicamente por una carencia material, sino también afectiva y socioemocional.

2. Precarización vir(tu)al de la semiopandemia

Uno de los efectos más profundos del fenómeno contemporáneo de la precarización, es lo que Mark Fisher llamó *la privatización del estrés*. Asociada a la precarización de la vida en diferentes aspectos, pero particularmente

al trabajo, los efectos socioafectivos recrudecen las condiciones establecidas en el contexto del neoliberalismo, en donde una nueva modalidad de trabajador, el *freelance*, y de trabajo, el *home office*, se establecen como modelos ideales del semiocapitalismo.

El *freelance* es el trabajador precarizado del mundo contemporáneo y, particularmente, pandémico. Sin un lugar fijo de trabajo y sin horarios establecidos, se ha convertido en el sujeto de la modulación del trabajo flexible y, por tanto, aparentemente deseable. Esto incluso cuando esa desregulación del trabajo imposibilite relaciones laborales y salariales estables. La normalización, individualización y privatización del estrés y la precariedad son, sin duda, algunas de las consecuencias políticas y sociales más complejas del siglo XXI, porque no sólo se interioriza, sino que se reproduce e incluso se puede llegar a desear esa forma de vida.

En la sociedad del rendimiento el cansancio deviene deseable, ya que se convierte en un indicador de éxito: “Ahora uno se explota a sí mismo figurándose que se está realizando; es la pérdida lógica del neoliberalismo que culmina en el síndrome del trabajador quemado”, lo cual trae consecuencias todavía más catastróficas, porque “ya no hay contra quien dirigir la revolución, no hay otros de donde provenga la represión” (Han, 2018). En dado caso, la represión se convierte en una forma de privatización individual y depresiva ya que “esta depresión no toma forma colectiva: por el contrario, consiste en la descomposición de la colectividad en nuevas formas de atomización” (Fisher, 2018, 130).

Claramente no se trata de un efecto secundario o colateral del capitalismo; por el contrario, es su forma más acabada, salvaje, furiosa y voraz enmascarada bajo el discurso de un neoliberalismo amigable orientado a la “sana competencia”, “la identidad empresarial” o al “emprendimiento” individual que invita al trabajador a diversificar sus fuentes de ingreso como un indicador de éxito. La pandemia aumentó considerablemente la fractalización del trabajo, particularmente por el crecimiento del *e-commerce* y las plataformas digitales que economizan prácticamente cualquier aspecto de la vida como la alimentación, el vestido, el transporte, las relaciones íntimo-afectivas, de amistad, familiares y sociales en general. Es difícil no encontrar alguna plataforma o aplicación digital orientada a la satisfacción de algún deseo o necesidad, desde los aspectos fisiológicos hasta los de autorrealización.

Si bien en México esos efectos ya comenzaban a percibirse antes de 2020, la pandemia aceleró sus repercusiones en la vida cotidiana al

socializarse la idea de que uno “se gana la vida”, particularmente en el contexto de una pandemia mundial con altos efectos de contagio y mortalidad, resaltando así la absoluta indefensión y precarización del individuo contemporáneo.

Como señala Fisher:

Por un lado, el trabajo nunca termina: el trabajador debe estar siempre disponible, sin derecho a ninguna vida privada ajena a la vida del trabajo. Por otro lado, el precario es por definición descartable, incluso si se muestra capaz de sacrificar todas y cada una de sus esferas de autonomía en aras del trabajo (*Ibid.*, 132).

El trabajador precarizado debe estar disponible todo el tiempo, y cualquier segundo de descuido en el que, por ejemplo, decida salir a caminar, reunirse con amigos, visitar un familiar o leer, será un riesgo cuya responsabilidad deberá asumir por no estar siempre dispuesto al llamado del trabajo fractalizado.

Actualmente, el trabajo en prácticamente cualquiera de sus formas tiende a la precarización en el contexto de la “diversificación de fuentes de empleo” como indicador de productividad y éxito, algo que el filósofo Franco “Bifo” Berardi señala de la siguiente forma:

Al trabajador (máquina que posee un cerebro que puede ser usado por fragmentos de tiempo) se le paga su prestación puntual, ocasional, temporánea. El tiempo de trabajo se fractaliza y se celulariza. Las células de tiempo están en venta en la red y las empresas pueden comprar tantas como quieran, sin implicarse de ningún modo en la protección social del trabajador (Berardi, 2010, 67).

El trabajo se flexibiliza y aumentan los efectos de la precarización del trabajador fluctuante, inestable y desprotegido. Para Berardi, sin dejar de observar la explotación propia de la fuerza de trabajo industrial, actualmente nos encontramos en una nueva forma de capitalismo caracterizada por una explotación de la cognición:

El trabajo cognitivo es un océano de microscópicos fragmentos de tiempo, y la celularización es la capacidad de recombinar esos fragmentos en el marco de un semiproducto singular. El teléfono celular puede ser visto como la cadena de montaje del trabajo cognitivo (*Idem*).

Durante la pandemia el trabajo no solamente no se detuvo, sino que se intensificó y aceleró en muchas áreas productivas. Los dispositivos tecnológicos posibilitaron que el tiempo de trabajo se mezclara en prácticamente todas las actividades externas a él como el ocio, el descanso o las relaciones afectivas.

El semiocapitalismo produce a su vez al nuevo sujeto info-trabajador o trabajador cognitivo que se convierte en la clase vir(tu)al inorganizable del trabajo mental, el cual trabaja desde un dispositivo digital para múltiples empresas en horario continuo, sin posibilidad de seguridad social de ningún tipo y, por tanto, sin posibilidad real de construir cuerpos colectivos de organización laboral:

Éste es el efecto de la flexibilización y de la fractalización del trabajo: lo que era autonomía y poder político del trabajo se convirtió en total dependencia de éste, respecto a la organización capitalista de la red global. Éste es el núcleo central de la creación del semiocapitalismo. Lo que era rechazo al trabajo se convirtió en dependencia completa de las emociones y del pensamiento respecto al flujo de información. Y el efecto de esto es una especie de colapso nervioso que golpea la mente global y provoca eso que nos hemos acostumbrado a llamar el *crash* del puntocom (*Idem*).

El semiocapitalismo se sustenta en la conectividad generalizada que permite un flujo continuo y fractalizado de la explotación de los trabajadores cognitivos precarizados, siempre dispuestos al trabajo, pero también siempre intercambiables. Durante la pandemia, el trabajador cognitivo no ha encontrado la forma de frenar el ascenso exponencial de las exigencias laborales, no sólo por la dificultad de construir una organización colectiva de trabajadores *descorporeizados* y *desespacializados* en el entorno virtual, sino principalmente por la manera en la que esta nueva forma de explotación gestiona los deseos y expectativas del trabajador “liberado” de la fábrica o la empresa. Durante la pandemia, muchos celebraron la transición al *home office* como un triunfo de la libertad y control del propio tiempo, sin darse cuenta o quizá demasiado tarde, de los efectos que esto traería para su salud física y emocional.

Se transforma la vida en un flujo continuo de info-trabajo en el que conectividad, productividad y creatividad conforman la base de la explotación y gestión del nuevo info-trabajador: “En el tiempo de las redes, *gobernar significa asegurar la interconexión de los hombres, los objetos y*

las máquinas, así como la circulación libre, es decir, transparente, es decir, controlable, de la información así producida” (Comité Invisible, 2015, 113). Las redes virtuales totalizan la vida cotidiana del trabajador precarizado en donde parece que no hay posibilidad de escape, particularmente en el contexto del distanciamiento físico por la pandemia:

Una de las consecuencias de las modernas tecnologías de la comunicación es que no cuentan con un espacio externo en el que uno pueda descansar de ellas y recuperarse. [...] En un mundo en el que se espera de nosotros que podamos responder un *e-mail* de trabajo casi a cualquier hora del día, el trabajo no se limita ya a un lugar o un horario (Fisher, 2018, 133).

El trabajador precarizado no puede disfrutar de tiempo libre y de ocio, ya que incluso el tiempo de descanso adquiere sentido en función de la productividad; es decir, se “cargan pilas” para seguir produciendo. Los dispositivos móviles hacen que incluso en los tiempos de descanso como las vacaciones, la oficina sea transportada de forma virtual. Esta es una situación que la pandemia ha normalizado e incorporado psicósomáticamente al trabajador cognitivo. En un contexto de hiperconectividad, el semiocapitalismo se reproduce y fortalece con la creatividad y el conocimiento de millones de individuos precarizados en fracciones de tiempo mental constantemente conectadas como terminales vivientes de la red digital, en donde el info-trabajador “es alcanzable [localizable] en cada momento y lugar, y puede ser enviado de nuevo a desempeñar su función productiva, puede ser reintroducido en el ciclo global de la info-producción” (Berardi, 2012, 109).

El semiocapitalismo hace del info-trabajador un sujeto siempre dispuesto al trabajo y la explotación autodirigida, “libre” y hasta cierto punto consciente. El dispositivo digital sólo en apariencia posibilita que todo el mundo esté al alcance del trabajador-usuario, cuando en realidad es el individuo el que se encuentra al alcance de todo el mundo en cualquier momento.

El capitalismo del siglo *xxi* y la gestión del control sanitario de la pandemia se sustentan en la construcción de vacíos, de sujetos atomizados y solitarios, lo cual transforma las relaciones sociales en una economización del encuentro al grado de ver en el otro un agente patógeno en potencia: el positivo asintomático deviene en un sujeto de contagio anónimo, lo cual genera formas de hostilidad y temor que incrementan la necesidad percibida de dispositivos autoinmunitarios ante el crecimiento exponencial de la hafefobia y agorafobia social.

Así es como se producen las formas contemporáneas de gestión de las emociones y los afectos en la *semiopandemia*, cuya materialidad se encarna en individuos estresados, agotados, temerosos y preocupados, ante una realidad en la que el capitalismo ha pasado de aparentar ser “el mejor mundo posible” al “único mundo posible”. Esto resulta profundamente paradójico en tanto que el semiocapitalismo pandémico, aunque eventualmente podría satisfacer la necesidad de cosas, no genera sino insatisfacción, porque para satisfacer estas necesidades suele destruir mundos, relaciones y afectos:

El horror del trabajo no está tanto en el propio trabajo como en el asolamiento metódico, desde hace siglos, de todo aquello que no es él: familiaridades de barrio, de oficio, de pueblo, de lucha, de parentesco; apego a lugares, seres, estaciones, modos de hacer y hablar. La paradoja actual reside en lo siguiente: el trabajo ha triunfado sin rastro de los otros modos de existir, al mismo tiempo que los trabajadores se han vuelto superfluos (Comité Invisible, 2010, 59).

Sin embargo, incluso en un contexto que puede parecer desolador, el info-trabajador tiene la posibilidad de hacer consciente que su situación no es individual y comenzar a politizar el malestar frente a las nuevas formas de explotación. Se trata de colectivizar la creatividad y restablecer contacto con otras mentes y cuerpos de otros trabajadores igualmente explotados en el contexto actual. Después de todo, la semiopandemia no sólo ha recrudecido la precarización vir(tu)al, sino también la ha visibilizado y, hasta cierto punto, comienza a desnormalizarse por la fuerza de sus efectos en la vida cotidiana de los info-trabajadores.

3. El cognitariado frente a la precarización vir(tu)al

La colectividad precarizada vir(tu)al comienza a recordar y, en algunos casos, identificar, que tiene una condición social y que más allá de la conectividad está la posibilidad de conjuntividad, del encuentro, de devenir en un cuerpo colectivo:

La clase virtual ha descubierto que es, además, *cognitariado*, es decir: trabajo cognitivo dotado de un cuerpo social y carnal, que es sometido conscientemente o no al proceso de producción de valor y de mercancía semiótica, que puede ser sometido a explotación y estrés, que puede sufrir privación afectiva, que

puede caer en el pánico, que incluso puede ser violentado y muerto. La clase virtual ha descubierto un cuerpo y una condición social. Por eso ha dejado de sentirse clase virtual y ha empezado a sentirse *cognitariado* (Berardi, 2015, 13).

El *cognitariado* es el principio de reconocimiento de una existencia colectiva, de una sensibilidad y una afectividad distintas a la mera conectividad precarizante y a la vulnerabilidad sentida frente a la enfermedad y la exposición al contagio. La distinción entre conectividad y conjuntividad marca, entre otras cosas, la diferencia entre la mera clase vir(tu)al y su devenir político y colectivo como *cognitariado*, algo que, tal vez, esté por advenir en el mundo post-pandémico en México.

Esto implica, sin duda, una resignificación de la vida, su desplazamiento semántico otra vez al mundo sensible:

Es político todo lo que guarda relación con el encuentro, el roce o el conflicto entre formas de vida, entre regímenes de percepción, entre sensibilidades, entre mundos, en cuanto dicho contacto alcanza cierto umbral de intensidad (Comité Invisible, 2017, 66).

El *cognitariado* se orienta a la construcción de nuevas sensibilidades, es decir, de agenciamientos heterogéneos, de concatenaciones hasta entonces inexistentes o que antes parecían imposibles, ilógicas o inconexas: “La sensibilidad es la creación de conjunciones guiada por los sentidos y la habilidad para percibir el significado de las formas una vez que estas emergen del caos” (Berardi, 2017, 20).

El mundo pandémico generó situaciones caóticas con efectos precarizantes en distintas dimensiones. La pandemia, desde una perspectiva epidemiológica, es la misma en todo el mundo, pero desde su perspectiva psicosocial es radicalmente distinta en diferentes latitudes producto de la desigualdad y determinadas marcaciones de clase, raza y género. Sin embargo, el reto todavía está por venir en las formas en que se construirá el mundo post-pandémico, ya que puede continuar por la vía de la recomposición semicapitalista y afianzar las condiciones de precarización del trabajador cognitivo o, por el contrario, se puede aprovechar la crisis y el caos para producir algo distinto.

En este sentido, el deseo deberá emanciparse de la productividad capitalista y reorientarse a la creación, la conjuntividad y los agenciamientos de la vida y los mundos. Por tanto, es fundamental recuperar la noción de

“deseo” que expone Félix Guattari: “Propondría denominar deseo a todas las formas de voluntad de vivir, de crear, de amar; a la voluntad de inventar otra sociedad, otra percepción del mundo, otros sistemas de valores” (Guattari, 2006, 255). El deseo deviene en formas creativas, movimientos multilineales, líneas de fuga que no necesariamente tienen un plan, un programa, un plano, sino que posibilitan multiplicidades creativas, ya sea a nivel singular: “Nadie, hasta ahora, ha determinado lo que puede el cuerpo” (Spinoza, 2016, 213) o colectivo: “Nadie sabría decir lo que puede un encuentro” (Comité Invisible, 2015, 46).

Cuerpo y encuentro de cuerpos, máquinas deseantes, agenciamientos colectivos de enunciación capaces de construir nuevas sensibilidades, otras formas de vida y de habitar lo que los dispositivos de gestión de la precarización vir(tu)al muestran como *vacíos*: “El poder necesita haberse desvinculado suficientemente del mundo, le es necesario haber creado un vacío suficiente en torno al individuo, o bien en él, haber creado entre los seres un espacio bastante desierto [...] El poder crea vacío. El vacío requiere poder” (*Ibid.*, 83). El miedo al contagio, la exposición a la muerte y la explotación del trabajo en todas sus dimensiones inmovilizan y crean vacíos. Enfrentar la precarización de la semiopandemia exige reactivar la solidaridad, las amistades, los cuidados, el amor.

El encuentro colectivo de los cuerpos no es una suma aritmética o simple agregado de individuos; por el contrario, tiene una lógica propia, en tanto agenciamiento de singularidades heterogéneas. Las singularidades posibilitan los encuentros, los reconocimientos e incluso los conflictos inherentes a toda relación, pero, en dado caso, son encuentros que no buscan ocupar un espacio vacío, sino que producen el espacio y transforman el tiempo (tiempo de fiesta, de contemplación, de demora ante el mundo y la mirada de los otros):

No hay ningún vacío, todo está habitado, cada uno de nosotros es el lugar de paso y de anudamiento de cúmulos de afectos, de líneas, de historias, de significaciones, de flujos materiales que nos exceden. El mundo no nos cerca, nos atraviesa. Lo que habitamos nos habita. Lo que nos rodea nos constituye. [...] Percibir un mundo poblado no de cosas, sino de fuerzas, no de sujetos, sino de potencias, no de cuerpos sino de vínculos (*Ibid.*, 84).

La política de los afectos implica entonces otra forma de percepción: singularidades agenciadas estética, erótica y poéticamente. Hoy el mundo

se enfrenta a la batalla por el cuidado colectivo que tendrá que combatir los dispositivos autoinmunizantes de distanciamiento físico preventivo que se ha manifestado también como distanciamiento afectivo. Cuando poco a poco se recuperen los espacios públicos, se entrará en una nueva fase, una nueva batalla por volver a habitar y dejarnos habitar por los otros y por sus afectos, por el encuentro, el abrazo fraterno, el tacto, la sensibilidad y la sensibilidad compartidas, por la erotización del mundo. Esto implica comenzar a percibir el mundo habitado por singularidades internamente fragmentadas. La fragmentación adquiere un carácter sociopolítico distinto al de la separación de los individuos (los indivisibles) atomizados; la fragmentación implica un vínculo perceptivo y sensitivo particular:

La idea de fragmentación es una máquina de percepción. En Occidente, todo nos lleva a ver en una persona a una persona, en una imagen una imagen y en una ciudad una ciudad. Es un error. Una percepción sutil de lo real descubre en una persona el caos de fuerzas, el ensamblaje de piezas en tensión, las copertenencias contradictorias, las distribuciones frágiles, los fuegos urdidos, los demonios y los puntos de irreductibilidad que recubren oportunamente la apariencia exterior, en reposo, del sujeto (Dobruška, 2017, 17).

La fragmentación del mundo deviene en lo que no parecía posible, se fuga, traza otras sensibilidades y posibilita otros encuentros y agenciamientos de singularidades. Habitar es producir encuentros, poblar la diferencia, percibir la fragmentación, escapar del trazo dado sobre la existencia, sobre la identidad y el cuerpo. Habitar es descolocarse de la idea de una sociedad atomizada, individualizada, dividida por el miedo, la precarización y la enfermedad. Habitar el mundo y las distancias, será el reto de las próximas batallas en el contexto post-pandémico y vir(tu)alizado.

La fragmentación es absolutamente contraria a la división: la segunda implica individuos calculadores y atomizados; en tanto que la fragmentación produce singularidades, relaciones y encuentros heterogéneos. La división es malestar, enfermedad, soledad y precarización; la fragmentación produce el deseo de devenir-otro:

Distinguir las comunidades de seres del viviente que somos no es nada más que "pluralizar" el mundo. Y, así, *hacerlo ingobernable*. Contra la utopía capitalista de la administración del desastre en el mundo unificado por la mercancía, hacer aparecer los lugares: fragmentar el mundo para encontrar las múltiples

vías de una política inseparable de su localización. No se trata de aprender a vivir entre ruinas, [...] sino de arruinar el proyecto de unificación del mundo (Rafanell, 2017, 41).

La revolución de los afectos reconoce una suerte de conflicto por las formas de vida que se ponen en juego; una guerra que es

la lógica que preside al contacto de potencias heterogéneas. Se libra en todas partes, bajo formas innumerables, y la mayoría de las veces por medios pacíficos. Si hay una multiplicidad de mundos, si hay una irreductible pluralidad de formas de vida, entonces la guerra es la ley de su coexistencia sobre esta tierra (Comité Invisible, 2015, 50).

Es precisamente en las formas de vida donde se juega la revolución de los afectos frente a la gestión de las emociones y la enfermedad por los dispositivos de precarización vir(tu)al.

Arruinar el proyecto de unificación del mundo, es decir, de su gestión global precarizante, implica particularmente establecer formas de vida distintas, anónimas e indiscernibles:

Política de la singularidad cualquiera: despejar esos espacios donde ningún acto es ya asignable a ningún cuerpo dado. Donde los cuerpos reencuentran la aptitud al gesto que la sabia distribución de los dispositivos metropolitanos –ordenadores, automóviles, escuelas, cámaras, portátiles, gimnasios, hospitales, televisiones, cines, etcétera– les había hurtado (Tiqun, 2015, 14).

Se trata de *recomenzar* colectivamente en el mundo post-pandémico. Recomenzar es despojarse de la biografía y mudar de sangre, es volver a establecer una potencia. Este recomenzar implica aprovechar los lugares indiscernibles y de opacidad para vivir y actuar. Implica, en efecto, construir otras narrativas, otras formas de vida y otros mundos frente a los dispositivos de precarización vir(tu)al.

Lo cierto es que en la fase actual de desubjetivación del semiocapitalismo, resulta mucho más complicado profanar estos dispositivos, ya sea por su grado de abstracción o por su profunda interiorización y normalización. Profanar significa una restitución de las cosas o dispositivos al uso libre de la comunidad, profanar es usar, “abrir la posibilidad de una forma especial de negligencia, que ignora la separación o, sobre todo, hace de ella un uso particular” (Agamben, 2013, 99). La profanación es una forma

de *poder destituyente*, de “la idea de revolución como *pura destitución*” (Comité Invisible, 2015, 79), lo cual es mucho más complejo que un nuevo movimiento constituyente.

Destituir entonces la normalización de la precarización vir(tu)al de la *semiopandemia* es profanar y mostrar la contingencia de la legitimidad de un poder. Implica, por supuesto, emanciparse de la necesidad de ese poder, de sus instituciones, sus discursos y su productividad. Destituir el poder es hacer ver la contingencia del vacío que posibilita gobernar, gestionar y medicalizar los afectos, las emociones y los sentimientos, privatizar el estrés, la depresión y el miedo; hacer ver que la gestión corporal y afectiva tienen efectos de control sobre la creación de mundos, formas de vida, encuentros, relaciones heterogéneas. Destituir es reconocer que el planteamiento de una revolución de los afectos implica habitar y vivir de forma distinta este mundo y disputarle al semiocapitalismo precarizante el mundo post-pandémico por venir más allá de su gestión sostenida por el miedo, la indefensión y la muerte.

Destituir es salir de la lógica de una melancolía por un pasado por el que no vale la pena gastar esfuerzos y energía en “recuperar”, pero además reconocer que “la pérdida de toda esperanza constituye también la condición de la pura revuelta”.⁸ El poder gestiona el mañana como esperanza de un mundo mejor e impide actuar en el presente; la esperanza “es una huida del ahora. E incluso si el ayer puede actuar sobre el ahora es porque el ayer mismo nunca ha sido sino un ahora. Como lo será el mañana”.⁹ El reto será construir el ahora como el tiempo del advenimiento de la profanación y destitución de los dispositivos de precarización vir(tu)al, propios de la explotación y la enfermedad del semiocapitalismo pandémico.

Conclusiones

El mundo post-pandémico plantea grandes retos a la humanidad, por lo que las ciencias sociales se enfrentan a la necesidad de seguir pensando y construyendo alternativas a la precarización en todas sus manifestaciones, incluida la del trabajo vir(tu)al, la escuela, las relaciones sociales y afectivas, así como el uso y disfrute de los espacios públicos que posibiliten la reconstrucción de la comunidad de los cuidados y del habitar conjuntivo.

⁸ Comité Invisible, *op. cit.*, 2017, p. 120.

⁹ *Idem.*

Será imperante construir salidas a la precarización afectiva por el miedo y la exposición a la muerte por COVID-19 para volver al cuidado del otro y el habitar de un mundo y un tiempo común poblado de singularidades. Reconocer la contingencia de la precarización vir(tu)al y propiciar encuentros, agenciamientos y concatenaciones conjuntivas para profanar el dispositivo de gestión precarizante.

En el mundo post-pandémico la humanidad necesitará pensarse capilarmente para reconstruir y defender las formas de vida plurales que se han visto afectadas por la precarización. El reto será entonces plantear y producir nuevas relaciones políticas y sociales a nivel molecular, defenderlas de la estandarización y del consumo, agenciar con otros cuerpos y otras vidas, complejizar los mundos, ponerlos en acto y contacto, en diálogo e incluso en conflicto para entonces profanar los dispositivos de la estandarización del pensamiento, los afectos, el cuerpo y la comunidad.

Después de todo, la *semiopandemia* por COVID-19 produjo un sisma, una ruptura profunda en múltiples procesos y dimensiones de la vida a escala planetaria, por lo que la crisis que ha generado puede ser advertida y aprovechada como una oportunidad para las multiplicidades de devenires revolucionarios que se están gestando en todas partes y hacer sensibles nuevas formas de encuentro colectivo frente a la gestión de la precarización vir(tu)al de la *semiopandemia*.

Referencias

- Agamben, Giorgio. 2010. *¿Qué es un dispositivo?*, España: Anagrama.
- Agamben, Giorgio. 2013. *Profanaciones*, Argentina: Adriana Hidalgo Editora.
- Ahmed, Sara. 2019. *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural del imperativo de la alegría*, Argentina: Caja Negra.
- Berardi, Franco. 2010. *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*, Argentina: Tinta Limón.
- Berardi, Franco. 2012. *El alma y el trabajo*, México: Elefanta/CONACULTA.
- Berardi, Franco. 2015. *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*, España: Traficantes de sueños.
- Berardi, Franco. 2017. *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*, Argentina: Caja Negra.

- Butler, Judith. 2010. *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, España: Paidós.
- Comité Invisible. 2010. *La insurrección que viene*, España: Melusina.
- Comité Invisible. 2015. *A nuestros amigos*, España: Pepitas de calabaza.
- Comité Invisible. 2017. *Ahora*, España: Pepitas de calabaza.
- Deleuze, Gilles. 2014. *Conversaciones*, España: Pre-Textos.
- Dobruška, Moses. 2017. "Prefacio", en *Fragmentar el mundo*, Josep Rafanell i Orra, España: Melusina.
- Fisher, Mark. 2018. *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, Argentina: Caja Negra.
- Foucault, Michel. 2005. *Vigilar y castigar*, México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. 2008. *Defender la sociedad*, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Gobierno de la Ciudad de México. 2021. *Semáforo epidemiológico COVID-19*, disponible en <https://semaforo.covid19.cdmx.gob.mx/tablero/>
- Gobierno de México. 2021. *Coronavirus*, disponible en: <https://coronavirus.gob.mx/>
- Gobierno de México. 2021. *COVID-19: datos generales*, disponible en <https://datos.covid-19.conacyt.mx/>
- Gobierno de México. 2021. *Datos Abiertos de la Dirección General de Epidemiología de la Secretaría de Salud*, disponible en <https://www.gob.mx/salud/documentos/datos-abiertos-152127>
- Guattari, Félix. 2006. *Micropolítica. Cartografías del deseo*, España: Traficantes de sueños.
- Han, Byung-Chul. 2014. *Psicopolítica*, España: Herder.
- Han, Byung-Chul. 2017. *La sociedad del cansancio*, España: Herder.
- Han, Byung-Chul. 2018. "Ahora uno se explota a sí mismo y cree que está realizándose", *El País*, 7 de febrero, España, disponible en https://elpais.com/cultura/2018/02/07/actualidad/1517989873_086219.html
- INEGI. 2020. *Encuesta para la Medición del Impacto COVID-19 en la Educación (ECOVID-ED) 2020*, México, disponible en https://www.inegi.org.mx/contenidos/investigacion/ecovid/2020/doc/ecovid_ed_2020_nota_tecnica.pdf
- INEGI. 2020. *Estudio sobre la demografía de los negocios*, México, disponible en <https://www.inegi.org.mx/programas/edn/2020/>
- Lorey, Isabell. 2016. *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*, España: Traficantes de sueños.

- Nancy, Jean-Luc. 2020. *Un virus demasiado humano*, Argentina: La Cebra.
- Organización Panamericana de la Salud. 2021. *Crisis de salud mental*, disponible en <https://coronavirus.onu.org.mx/la-pandemia-por-covid-19-ha-provocado-una-crisis-de-salud-mental>
- Organización Panamericana de la Salud. 2021. *Pandemia por COVID-19 exacerba los factores de riesgo de suicidio*, disponible en <https://www.paho.org/es/noticias/10-9-2020-pandemia-por-covid-19-exacerba-factores-riesgo-suicidio>
- Rafanell i Orra, Josep. 2017. *Fragmentar el mundo*, España: Melusina.
- Spinoza, Baruch. 2006. *Ética demostrada según el orden geométrico*, España: Alianza.
- Tiqqun. 2015. *¿Cómo hacer?*, México: Pensaré.